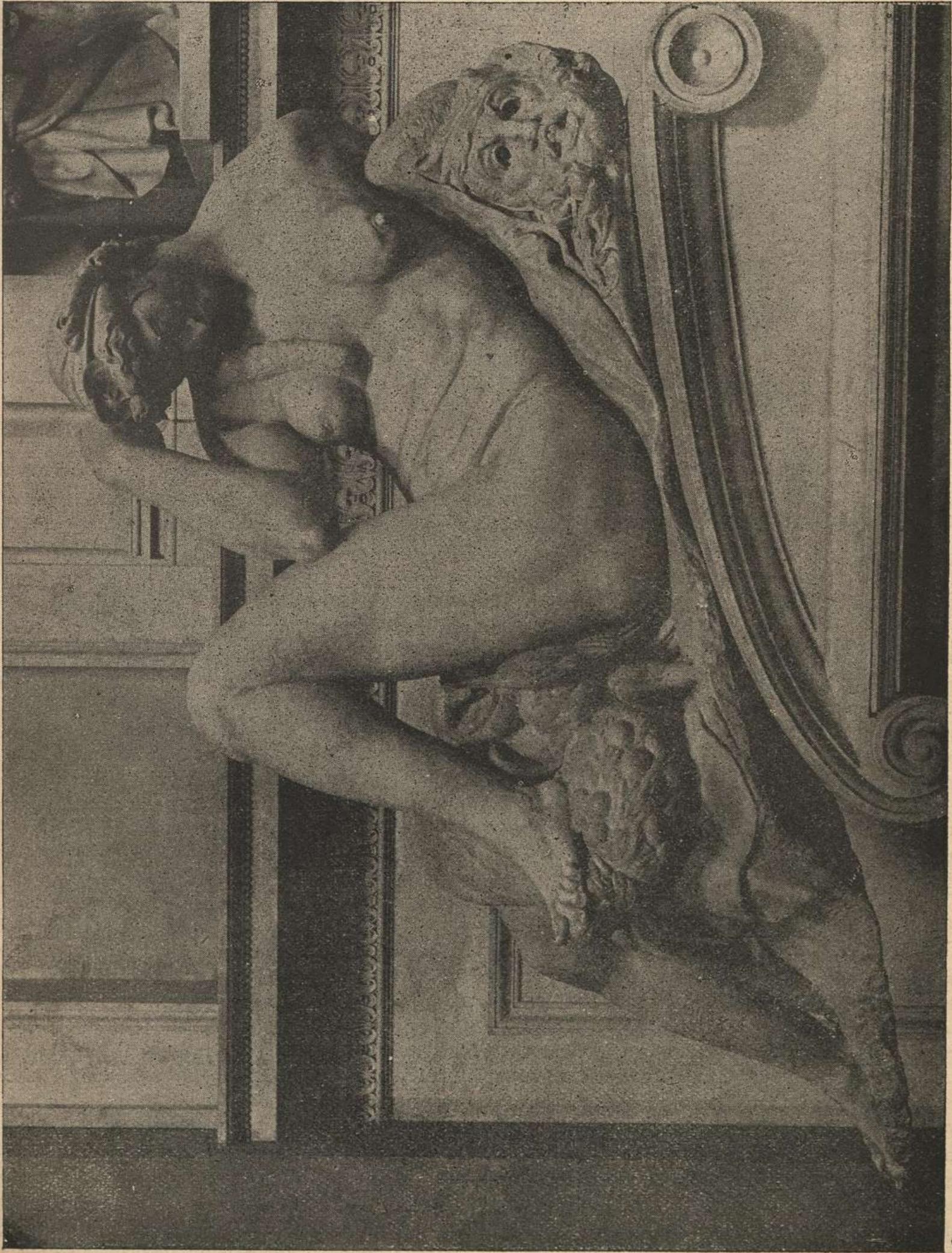


REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.

Tip. de Dublán.

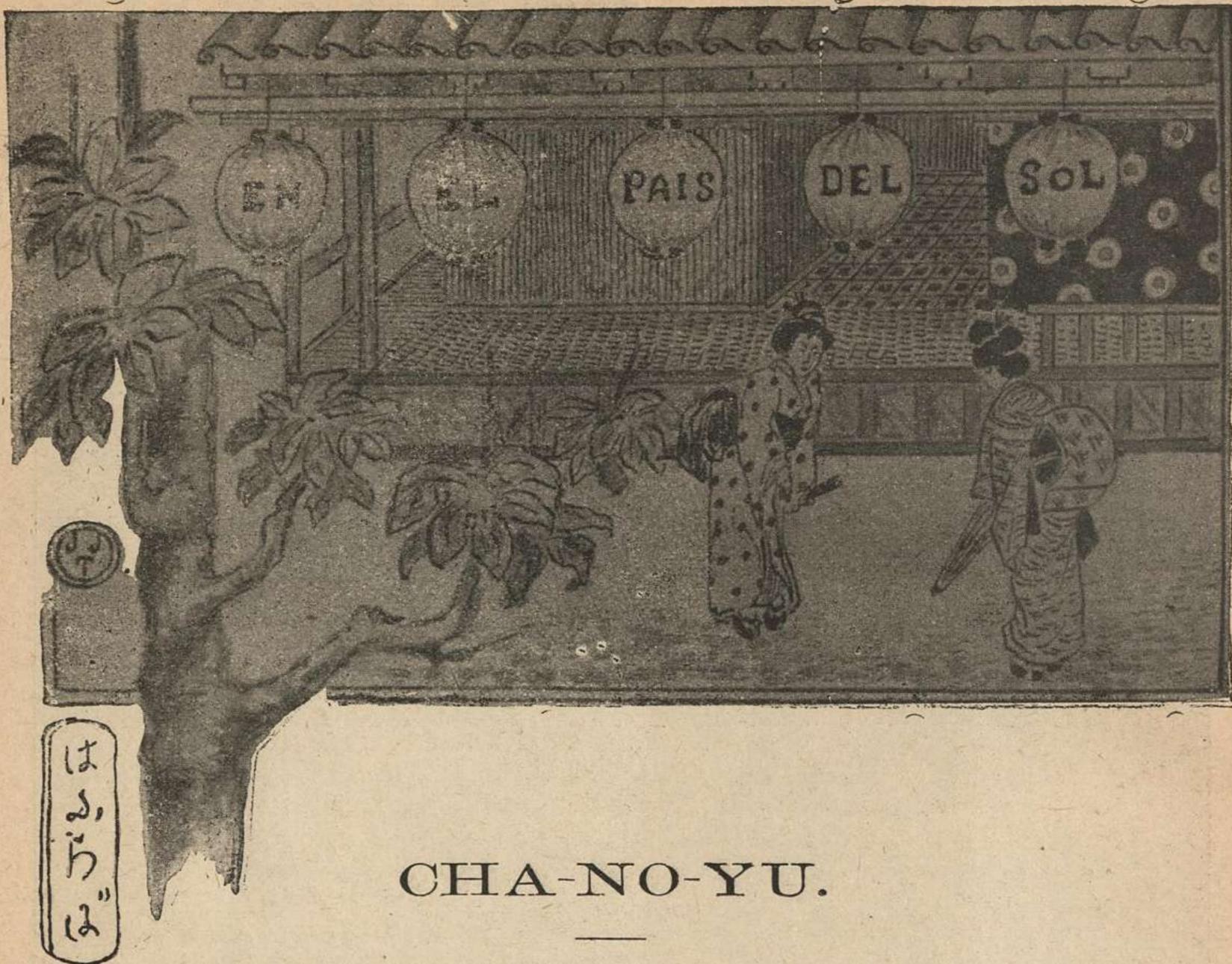
LA NOCHE DE MIGUEL ANGEL.—FLORENCIA.

La Notte, che tu vedi in si dolci atti
 Dormire, fu da un Angelo scolpita
 In questo sasso, e perchè dorme ha vita;
 Destala, se no'l credi, e parleratti.

G. B. STROZZI.

Grato m'è'l sonno e più l'esser di sasso,
 Mentre che'l danno e la vergogna dura
 Non veder, non sentir m'è gran ventura;
 Però non mi destar; deh! parla basso!

MICHELANGELO.



CHA-NO-YU.

Cuando le conté que mi amigo Miyabito me había invitado para visitarlo en su casa, el Cónsul H.... me dijo: «Va usted á quedar altamente satisfecho; Miyabito es un refinado, un verdadero esteta, iniciado en los secretos del arte de su prodigioso país hasta el grado de ser, no un vago dilettante, sino en ciertos casos, un técnico.... Además, aprendió en París la ciencia del *savoir vivre* y es un delicado anfitrión. Con lo cual felicito á usted por el grato día que va á pasar....»

*
**

En una de las estaciones del Tokaido, entre Yokohama y Tokio, en una aldehuela llena de huertos frutales y de estanques de lotos, junto de un arcaico templo budhista cercado de pinos centenarios está la casa de Miyabito, verdadera mansión señorial, como que fué un *yaskiki*, un palacio de daimio, medio alcázar, medio fortaleza, en los tiempos no muy remotos del épico Japón feudal. Tras de la puerta de sobria madera de roble con aplicaciones de negro hierro, puede entreverse la magia de un jardín lleno de macetones de azul fayenza, de linternas monumentales, de lagos y *cascatelas* y sacudido por la sonora vibración de las cigarras delirantes.

A pocos pasos el dueño salía á mi encuentro, vestido con un sombrío y elegante «Kimono,» cuyo único ornato era el breve pero ilustre escudo de ar-

mas bordado tres veces en la espalda. Temí al principio que mi anfitrión, que me recibió con ascético saludo me hiciera víctima de una enojosa etiqueta amenguando así los entusiastas placeres estéticos que me había prometido; mas por fortuna no sucedió tal cosa y desde luego Miyabito-San me puso á mis anchas proclamando su amor al *sans façon*. Recorrimos la casa cuyos tesoros me detallaba el dueño con la naturalidad y la llaneza del gentilhomme verdadero, tan discretas como son enojosas las alharacas del *parvenu*. Al pasar por un salón se nos habían unido dos comensales más, un caballero japonés y un acuarelista ruso que á cada momento celebraba en pintoresco argot de Montmartre las bellezas que contemplábamos. Todos los departamentos de la vasta mansión tenían la sencillez característica de los interiores japoneses; esteras albeantes y acolchadas que hollábamos descalzos; maderas preciosas y purísimas, cuya fresca virginidad ningún barniz había ultrajado y aquellos ensambles, aquellas junturas de artesones y cornisas sin un solo clavo, engarzándose unas en otras por una maravilla de carpintería! Aquí y acullá una aplicación de cobre, repujado por un Benvenuto oriental ó un chapetón de bronce que el cincel había calado con sutilezas de filigrana.... A veces, en el fondo de los espaciosos salones, alumbrado por una ventana redonda que dejaba pasar la verdosa claridad del jardín vecino, distinguíamos esa especie de alcoba y de estrado que se denomi-

na TOKO NOMA y en donde el japonés expone sus viejas pinturas veneradas, sus más preciosos vasos de porcelana ó bronce y los más fragantes *bouquets* de sus jardines.

Atravesando un recinto vasto y embaldosado como el patio de armas de un castillo feudal, llegamos al parque, augustamente sombreado por gigantes cedros y cryptomerias, oloroso á musgo y á leyenda, filtrando claridades por sus bóvedas, agolpando misterio en sus boscajes y todo lleno, todo doliente y melancólico por el doble arrullo de tortolas y de arroyuelos! Un parque de esos sobre cuyas espesas lejanías se espera mirar de pronto un fugitivo desvanecimiento de ninfas y en el temblor de cuyos estanques parece que acaba de sumergirse una Nereida. . . .!

Pero no eran aquellos los dominios de Tíbulo y de Byon, aunque el canto de las cigarras y la faz casi griega de un Budha, vagamente apercebida, nos alentaron en nuestro ensueño. A poco el vuelo azorado de un faisán hundiéndose en las frondas su plumero rojo, restableció el color local que estalló al fin con todo su prestigio entre el mafil y la esmeralda de un estanque de lotos. . . .

Apenas habíamos atravesado una de las sendas laterales, dejando á derecha é izquierda viveros cruzados por peces rojos; pajareras llenas de sonridades y policromías; vallados de alambre donde acercaban las gacelas de grandes ojos sus hocicos brillantes, é invernaderos que al pasar por su dintel nos arrojaban un tibio hálito, cuando llegamos á la sala en que debía servirse el almuerzo.

El anfitrión concluía de relatarnos la patética historia de la hermosa dulcera de Yedo, que á mi vez referiré en próxima ocasión á los lectores, cuando pasábamos á un gabinete donde los comensales extranjeros, el artista ruso y yo, cambiamos nuestros trajes europeos por el nacional «Kimono,» tan superior en *confort* y en elegancia. . . . Luego el anfitrión dió la señal para que el almuerzo principiara.

Rehusando las sillas y las mesas altas que Miyabito-San nos ofrecía atendiendo á nuestra costumbres, nos agrupamos sobre las muelles y frescas esteras, en torno de los minúsculos *guéridons*, que apenas se elevaban del suelo. Fué aquel almuerzo exquisitamente japonés, no desentonando la unánime armonía más que la ineptitud disculpable del artista ruso que tomaba los palillos como si fueran el «tiento» y el pincel. . . . Un potaje de nidos de «salanganas,» glutinoso, de perfume marisco y de exquisito *velouté*. . . .; un minúsculo pero delicadísimo pescado, el SHIRA-UVO, condimentado con el SHOYU, una salsa clásica en cuya preparación se invierte un año. . . . Pero aquí es indispensable una breve digresión sobre la cocina japonesa!

En ese arte culinario, refinado como todo lo que concierne al país nipón, no hay manjares improvisados y un simple platillo necesita maceraciones, cocimientos, manipulaciones sabias y prolongadas para ser digno de figurar en el *menu* de un gastrónomo que se respeta. La batería y accesorios de cocina son verdaderos dijes y el arte del *cordobleu* se agota en el arreglo de los platos, en el aspecto dado á los manjares y viandas que deben tener un

aderezo pintoresco, ornamental, sugestivo. . . . Yo he visto un pescado en salsa blanca, dispuesto de tal manera, que se veía al pez como vivo, dando golpes de cauda y aletas entre la salsa que imitaba en la copa de laca el movimiento de un menudo oleaje. . . . Hay verduras que se añaden al manjar, teniendo en cuenta no sólo el sabor adecuado, sino la armonía del colorido. Y por todo esto la cocina japonesa es increíblemente dispendiosa y un richome nipón dilapida en banquetes tanto como un *clubman* europeo en el *Derby* ó en la mesa del Bac. . . . Un miembro de la aristocracia de TOKIO puede arruinarse en el *restaurant* á la moda, en el «Koyo-Kwan,» pronunciad «Coyoacán» como nombrando el hermoso pueblo, para mí tan amado, que está á orillas de México. . . .

Pues bien, de esa cocina que alguien ha declarado «placentera á los ojos como una orfebrería culinaria» (1) nos fué servido mucho de lo mejor; los más preciosos condimentos, algas y laminarias marinas, raros tubérculos de lirios; un platillo de hongos superior á la «fungalia» genovesa; yemas de bambúes singulares; corazones de lotos y como una concesión á nuestros gustos, un faisán asado servido como Brillat-Savarin lo insinúa, en pieza montada, sin que le faltara una mota de su plumaje espléndido! Luego, entre los postres, los «Kakis,» esos frutos que Pierre Loti, el ilustre calumniador del Japón, llamó «huevos de oro,» siendo esféricos y anaranjados; una clase de durazno, el «Kan-monio,» que después de maduro puede permanecer en el árbol hasta el invierno y. . . . pero basta ya de gastronomía! . . . ¡Sólo la singularidad y el exotismo de la culinaria niponesa, en *absoluto inédita*, podrán disculpar mi sensual é inocente digresión. . . .

* * *

¿Sabéis cuál es el origen del thé? . . .

Pues he aquí cómo nació, según Miyabito y la tradición de su lírica tierra, adonde todo está ennoblecido por la Leyenda:

Daruma, un fabuloso ermita á quien aún hoy veneran japoneses y chinos, observó tan estrictamente la inmovilidad nirvánica, que perdió sus piernas, secas y atrofiadas después de diez años de no hacer uso de ellas, siempre sedente sobre las rocas duras. . . . A la vez se había prohibido el sueño; pero al fin, una noche se durmió despertando hasta la mañana asiguiente en que avergonzado de sí mismo, indignado por haber sucumbido, se cortó los párpados y los arrojó lejos de sí como á dos voluptuosas amantes que lo hubieran envilecido. . . .

Entonces se operó el prodigio: los párpados del santo arraigaron creciendo en brote arborescente y revistiendo las aromáticas hojas cuya infusión ahuyenta el sueño. . . .

Eso nos relataba el anfitrión al llegar al «Tcha-Se-ki,» al pabellón donde tendría lugar la ceremonia del thé, llena de los actos artísticos que iban á deleitarnos. . . .

(1) El escritor y artista pintor Félix Regamey, en su obra: «Le Japon Pratique.»

* *

No bien tomamos asiento sobre las blandas esteras, frente al «To Ko-no-ma,» cuando hirió nuestros oídos la armonía de invisibles laúdes y salterios y apenas los primeros compases habían volado, cuando los bastidores que formaban uno de los lados de la sala, desaparecieron resbalando silenciosamente y dejando ver una pequeña plataforma tapizada, adonde cuatro «gueishas» tañían los «shamisen,» extraños laúdes y los «kôto,» grandes y largas cítaras.... Vestidas á la antigua usanza, lucían aparatosos ropajes, tocados complicadísimos que levantaban sus cabellos cuyo intenso negro violentaba hasta lo trágico la blancura de los rostros donde los breves labios lucían apenas como dos gotas inmóviles de sangre....

Del seno de los ardientes pebeteros, subían lentamente, ó se tendían con lascias ondulaciones las azules nébulas del humo perfumado, velando las suntuosas figuras de las «gueishas,» con indecisiones de ensueño....

Un instante, la música se detuvo suspensa, expectativa, presintiendo un advenimiento, arrancando apenas del cordaje de un solo laúd las imperiosas y repetidas notas de un eficaz conjuro.... Entonces de quién sabe que feérico país prodigioso surgieron tres fantasmas inesperados y asombrosos cuyo ropaje se deshacía en una irradiación, cuyos rostros enigmáticos flotaban como desvanecidos en un éxtasis! La música de laúdes y salterios prorrumpió en una salutación jubilosa al aparecer las bayaderas.... En el fondo de las cajas de ébano y á flor de las cuerdas de oro, las notas delirantes se estremecían aclamando la aparición de la trinidad triunfal!.... Y los ojos de las tres bailarinas sonrieron á los ojos de las cuatro músicas, cambiando promesas de mutuas armonías....

Comenzó el baile.... pero ¿era un baile aquello?.... La coreografía occidental no tiene mas que un eterno efecto de luz y una pobre sugestión, sensual. Las eternas gasas vaporosas, las constantes mallas rosadas y gestos insignificantes y espasmos inverosímiles.... Pero lo que en aquellos momentos veíamos, era el enérgico simulacro de un Arte poderoso que agotando los recursos de la pantomima se encumbraba hasta la excelsitud de la tragedia misma.

La música no se limitaba á secundar la acción de las bailarinas, sino que parecía asumir una misión propia y de por sí trascendente, aunque armonizada al conjunto.... En los laúdes y en los salterios surgieron musicales símbolos de las castas ternuras, de las pasiones ansiosas y delirantes, de los celos siniestros, y en las actitudes y los gestos de aquel trío de artistas había arrobos, éxtasis, indignaciones esquivas, recatos pudorosos, impetus eróticos, acurrucamientos amantes y al fin tediosas lasitudes....

A su vez la música había implorado y gemido; sus trémolos y sus arpegios evocaban oscilaciones y suspiros; significó apresurada ó lenta, vivas alegrías y lánguidas depresiones y al fin como desfalleciendo atacó una armonía igual y monótona....

Y no nos dimos cuenta de cómo los silenciosos bastidores volvieron á correrse llevándose músicas y visiones tan rápidamente como disipa los sueños un brusco despertar....

* *

Ya el thé pulverizado, aromoso y sin azúcar que turbara la pureza de su sabor, nos había sido escanciado por el dueño del *yaskiki* que lo había minuciosamente preparado según todas las intrincadas reglas de la ceremonia. Para combatir el olor imperceptible del carbón, habían ardido los perfumes entre cenizas calientes. Una regla indeclinable de etiqueta nos obligaba á cumplimentar al anfitrión sobre la belleza de los innumerables accesorios del servicio del thé. Y lo hicimos sin recurrir á lisonjas hiperbólicas, pues aquellas lacas enfundadas en brillantes brocados eran venerables por viejas y por bellas; los perfumes dignos de arder á los pies de una reina y aquellas porcelanas estaban ennoblecidas con las marcas ilustres de «JANZAN,» «AWATA» y «RAKU».... A poco el anfitrión nos dijo que iba á hacernos los honores de su tesoro artístico....

Chamberlain, uno de los más competentes escritores que del Japón se hayan ocupado, dijo que: «el japonés aristócrata, bajo el general nombre de *Cha-no-yu* ó «ceremonias del thé» cultiva todos los artes que puedan producir el placer estético».... Así lo entendió Miyabito y nos lo probó al llevarnos al salón en que algunas de sus obras de arte habían sido expuestas para someter su belleza á nuestro examen....

Entonces nos fué dado admirar aquellas obras maestras que de manos de artífices misteriosos pasan al tesoro del rico-home, aquellas maravillas ignoradas en nuestros países que del arte japonés no conocen generalmente más que lo ínfimo, lo que el *amateur* nipón desdeña y abomina, la *pacotilla*, en fin, que la exportación arroja á los insaciables mercados europeos.... Ah! los opulentos de México que creen poseer «satzumas» y pinturas de «Hokusai» y broncees de mérito absoluto, qué amargo desengaño sufrirían al ver el abismo que separa á sus apócrifos objetos del auténtico «satzuma,» del genuino boceto de Hokusai, y del verdadero bronce! ¿Lo que vimos y admiramos?.... Pues fué la esencia de lo perfecto, el corazón de lo maravilloso, del increíble Arte nipón! Maderas, marfiles y piedras talladas que desesperarían á los aurifabris-tas bizantinos y á los lapidarios medioevales. Pequeñas esculturas representando cortesanas del «Yoshiwara,» dignas de competir con las breves estatuillas de Mirrina y Tanagra ó con las «figulinas» de Palissy....! Un murciélago tallado en ébano cuyas alas se transparentaban á la luz; una paloma que esponjaba sus plumas de marfil, hinchaba su blanco buche lleno de arrullos y cuyos ojos eran dos granates y cuyas sonrosadas patas eran dos estrellas de corall.... Vimos una tortuga de «Seimin,» el artista descendiente de una familia de bronceístas que durante cuatro generaciones sólo han esculpido tortugas.... Y el quelonio que teníamos ante nuestros ojos era algo prodigioso: la concha de es-

camas poligonales, como sucias por el lógamo del pantano; la breve cabecita viperina de cuello arrugado y granuloso, las patas con sus agudas uñas y sus membranas interdigitales; todo estaba representado con verdad asombrosa.... Luego vimos tapicerías procedentes de las pagodas; porcelanas y «fayenzas» admirables; lacas áureas, negras ó rojas; esmaltes «flambés» ó «cloisonés» brillantes y sonoros....

Y cuando llegó el turno de las pinturas, admiramos las obras decorativas y grandiosas de los venerables KANO («Motendri», «Moronobri» y «Tanyú»); los «Kakemono» hieráticos de los maestros primitivos que en Oriente pintaban cuando en Grecia esculpían Fidias y Scopas; los ornatos de Korin; los animales de Sózen; los paisajes de HIROSHIGUE; los guerreros de YOSAI; las mujeres de UTAMARO y en fin, las escenas callejeras, paisajes, naturaleza muertas, bestiarios y gigantomaquias de HOKUSAI,

Yokohama. Octubre 1900.

ese genio único que fué á la vez el Leonardo de Vinci y el Rembrandt del Japón!

Quedamos abrumados, perplejos, exhaustos de la admiración y el entusiasmo derrochados durante aquella ostentación de maravillas tesaurizadas por aquel feliz esteta, noble y refinado como un Médico del remoto Oriente....!

*
**

Nos despedimos cuando el sol se ocultaba, perfilando sobre sus ampos anaranjados las agujas negras de los pinos. Callaban las cigarras amigas del día, y á su vez entre los arrozales y los lotos, ensayaban las ranas su trémolo nocturno.

Y allá, sobre un horizonte obscuro, el Fuziyama elevaba su cumbre magnífica que lucía como sin duda lucirá en mi memoria el recuerdo de esa tarde de placeres estéticos y de inolvidables emociones de Arte.

JOSÉ JUAN TABLADA.

CANTOS DE AMOR Y DE OTOÑO.

PARAFRASIS DE POETAS JAPONESES

DEL «KOKINSHIFU.» (*)

¿Estoy soñando acaso?.... Ayer en Primavera
Miramos la esmeralda temprana del retoño
Y ya una triste brisa suspira en la pradera
Entre los amarillos arrozales de Otoño!....
(Heñzeu).

*
**

Si es vano anhelar la estrella;
Asir la luz que destella
Y en el lago ardiendo está....
Más es soñar en aquella
Que en tí nunca soñará!
(Anónima).

*
**

¡Alma! no te conturbes si arrebatadas viste
Las amarillas hojas por la racha otoñal!
Es el paso del Hombre más fugaz y más triste
Por la escena mortal....!
(Chisato).

En la roca desnuda cae el germen viajero
Y entre sus arideces surge el frondoso pino....
Si el amor que me brindas es ¡oh amado! sincero
Unidos existamos.... Tal es nuestro destino!
(La poetisa Komachi),

*
**

Los rocíos de Otoño no llegan todavía;
Pero gotas ó lágrimas inundan mi almohada
Cuando despierto en medio de la noche sombría
Soñando con mi amada!
(Anónimo).

*
**

Son las gotas de la aurora
Que el fulgor de Otoño dora,
Leve polvo de diamantes
Y la araña lo atesora
En sus redes cintilantes!
(Asayasu).

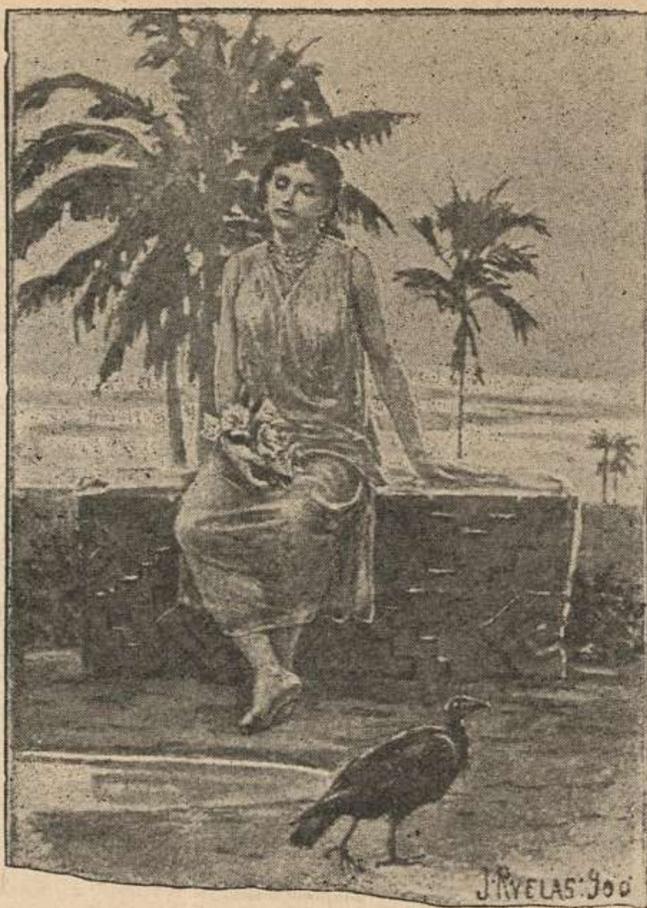
*
**

Imagen es de la ternura mía
El césped, en el monte abandonado,
Pues aunque crece y crece cada día,
El misterio lo vela y todavía
Ningún ojo mortal lo ha contemplado!

(Yoshiki).

JOSÉ JUAN TABLADA.

(*) *Kokinshifu*; Colección de odas antiguas y modernas.



VENUS MAYA.

Hurra! La estrofa vuelque sus ánforas de flores
y vibre temblorosa la lira en tu loor!
Así la carne tiembla bañada en los ardores
del aire en que se envuelve tu cuerpo seductor!

¿Quién eres! No á connubios de la vencida raza
y de extranjeras gentes debiste el regio sér:
en tí la índica musa perfiles puros traza!
En tí la Venus maya retorna á florecer!

Estampa en tu faz bella su tropical frescura,
ardiente y voluptuosa, la flor del flamboyán:
la palma de la costa se cimbra en tu cintura,
el pedernal chispea donde tus ojos van!

La flor de Pascua, roja como tu sangre, alarde
de lo que puede el beso del campo tropical:
la flor de Mayo, lúbrica sonrisa de la tarde,
que muere envuelta en manto de púrpura imperial,

no incitan al deleite como tu labio trémulo,
el beso no despiertan como tu boca en flor:
un dios sensual y ciego, del dios cupido émulo,
dispara entre sonrisa su dardo vencedor!

La Venus griega, fama y eterna prez de Milo,
de irreprochables líneas y excelsa majestad,
con su sonrisa tenue, con su mirar tranquilo,
despierta sólo ideas de noble castidad. . . .

Tú no: tú sólo eres el barro deleznable
en donde aguarda el germen robusta gestación:
pero eres de una raza, hasta hoy indominable,
la hermosa, la garrida, la regia floración!

¿Quién, dime, de esos hombros en que la curva ríe,
redonda y armoniosa, colgó el mestizo hipil?
No así en las de tu raza la majestad se engríe,
no así brilló en su trono la reina Tutul-Xin.

Morena en quien renacen la gracia y los primores
de gentes invencibles que aún retan con valor,
Hurra! la estrofa vuelque sus ánforas de flores,
la lira temblorosa resuene en tu loor!

JOSÉ I. NOVELO.

NUPCIAS MISTICAS.

AL ESPIRITU DE ELLA.

(MANUSCRITO DE JOSÉ REJIL.)

Oh, mi pálida Dolorosa! La última noche de nuestros amores terrenales vestías de blanco, y entre los encajes que velaban tu seno, prendíase, como mariposa fatídica, un moño de terciopelo negro. Estabas sentada en el taburete del piano y tu falda caía sobre la alfombra en una ondulación de pliegues nivosos. Tus dedos distraídos evocaban á veces del alma armoniosa del teclado, parvadas crepusculares de fugitivas notas....

Me acerqué de puntillas y desperté tu ensueño con un beso.

Fijando en mí tu mirada de adios, profunda en su agonía y circuida por la amoratada lividez de las ojeras, atendías á mi voz que te hablaba de los venerados recuerdos: danzas rítmicas de idilio bajo las enramadas opulentas, tibios claros de luna en el mar infinito, siestas indolentes abanicadas por las frondas tropicales, azules confidencias de amor tupidas de estrellas cintilantes, vuelos seráficos de las almas hacia el cielo inmortal....

Oh, mi pálida Dolorosa! te devoró mi amor, te arrojaste á la pira sagrada.... Qué terrible combustión! A medida que te consumías eran más intensas las fogatas de tus ojos. Toda tu vida de ideal se concentró en tu mirada: la mirada histérica de una monja que ofrece á Dios su holocausto de esperanzas.... Eran tan apacibles tus pupilas, tan lánguidas en el abandono! Tus sonrisas, que, en la rápida primavera de la vida sin afanes, te iluminaban con halos de felicidad, se velaron, se opacaron, como las auroras de los días nublados.... Tus formas sanas y bellas—de intachable mármol griego—se esfumaron en la indecisa silueta de las Madonnas pensativas.... Pasaste del harém lujoso al claustro desnudo; tu cuerpo, acostumbrado á reposar en los cojines orientales del palacio, clavó las rodillas en las duras baldosas del templo. Ay! lentamente te separabas del mundo, y al perder la apariencia corpórea, al depurarte con tus cilicios y con mis besos del barro que peca y que sufre, al volver á la Divinidad convertida en aliento de amor, en

ráfaga del Edén, estabas tan místicamente hermosa, poseías tal fuerza espiritual, que tu mano diáfana ó la orla de tu vestido eran para mis ojos como el punto blanco del hipnotizador, y me fascinabas como la esplendorosa epifanía del Dante!....

A la opaca claridad de los cirios te corté un rizo.... Torcía su voluta sobre tu frente amplia, melancólicamente despejada, como el horizonte de un cielo triste.

Aquí estoy, frente á tu piano. Sé que vives, tu Esencia venturosa impregna el aire que respiro, siento tu caricia espiritual en mi frente, y el eco muerto de tu voz preludia en mi alma el himno de la esperanza! Ven! el amor te evoca; ven, con la forma divina del fantasma, á sentarte de nuevo en el taburete abandonado, á cantarme tu romanza favorita, esa romanza que es una plegaria interrumpida por besos! Por la puerta de tu alcoba me llega todavía el olor de la cera quemada y de las flores secas, y sobre el lecho, debajo del crucifijo, oscilan pedazos de sombra, harapos del sudario de la eternidad.... Aquí, en este diván, está un rosario; aún con el calor de tus oraciones y con la humedad de tus lágrimas y con el perfume de incienso de tu seno! Mis pensamientos se evaporan.... el letargo se me filtra por los poros.... un aleteo de locura me sacude el cerebro....

¡Oh, mi pálida Dolorosa! No tarda en sonar la media noche, la hora santa de nuestro culto. Ven, sombra de luz! quiero oír tu voz de graves y apasionados acentos.... ¿Será cierto? ¿qué es ese *frú-frú* de hoja marchita que se arrastra en la alfombra?.... ¿quién se acerca?.... ¿ese acorde?.... atraviesa mi fantasía un vuelo de palomas!.... ¿Esa nota suspirada?.... se pintan celajes en mi alma!.... Canta, Espíritu inmortal, desgrana el rosario de tu plegaria y el collar de tus besos!.... Y mientras cantas, allá en la alcoba, entre iluminaciones de astros, la alegre Teoría de las Esperanzas, derrama sobre el tálamo nupcial una lluvia de mirra virgen y de lirios místicos! ...

CANCIONES DE AMOR.

Y su bandera de amor
clavó sobre mí!

SALOMÓN.

Mi espíritu ha flotado—nenúfar del Letheo—
en la negra vorágine de mi vida maldita,
la parvada de males en huida crascita
y se inunda mi sima de un esplendor febeo!
Me invade en sus blancuras un celestial deseo
de besarte con labios puros ¡oh Sulamita! . . .
huye el lecho Tännhauser hastiado de Aphrodita
y asciende, peregrino de amor, tu propileo.
Deja tu ceño adusto y divino de Pallas!
encúmbreme en un vuelo de arcangélicas alas!
abre mi pecho! haz, diosa, mi corazón pedazos:
cual del Lapita el ave ó la flor de Narciso,
verás surgir un pájaro real del Paraíso
á libar en tu boca prisionero en tus brazos!

Escucha: soy la nota que plañe de infortunio
y asciende quejumbrosa implorando tu gracia;
para besar tu cuerpo, gacela de Circasia,
soy el aroma suave de los prados de junio.
Hebe! descende á mi alma de amor en plenilunio!
dame á beber el vino de paz que nunca sacia
ya que ostentas, triunfante de mi amorosa audacia,
prisionero en tus redes al vencedor Fortunio.
¡Venciste y soy tu esclavo! mi funeral salmodia
se pierde en la sonora friska de la rapsodia
que consagra la dicha de mi alma prisionera.
¡Perdón! á tí se rinde mi indómito albedrío . . .
encadena en tus brazos á tu siervo, amor mío,
y en mi corazón clava tu señorial bandera!

RUBÉN M. CAMPOS.

LA CANCION DE LOS GATOS.

Primera estrofa.

Es un patio del Louvre—un patio tan triste, tan húmedo, como un locutorio de prisión—en donde el pavimento desaparece bajo anchas placas de musgo que se diría enmohecido, en donde detrás de las altas ventanas esculpidas que agujeran los muros se levantan estatuas de yeso sin concluir, grandes cajas de madera blanca en las que creeríase que manos sacrílegas han clavado á las radiantes diosas del Olimpo devastado. Muy vago, despertando apenas el silencio de soledad que pesa en el aire, pasa el lejano rumor de la ciudad, semejante en su monotonía al sollozo eterno de las mareas convulsas.

Allí adentro, como huéspedes familiares, extraños gatos, venidos de quién sabe dónde, vagan me-

lancólicamente, sin maullar. Tienen los ijares cicatrizados, la piel sucia, las orejas cruzadas por sangrientas llagas, como si en los inmensos corredores cerrados por rejas de fierro, en esos rincones de sombra en donde jamás penetra un fulgor, se atropellaran noche y día en formidables *Sabbats* de amor, en ardientes batallas de machos que codician la misma presa. Espantan como fieras escapadas de una jaula, tan grandes son, tan siniestro y alucinante su aspecto. Al huir dan saltos desordenados.

Y sus pupilas fosforescentes, sus ojos glaucos y cambiantes, claros como esmeraldas, en donde se refleja la lenta fuga de las horas, atraen, parecen guardar algún doloroso enigma, recuerdan por momentos la mirada fija de espanto de los locos.

Algo invisible los obsesiona, los persigue, los sacude con estremecimientos enfermizos. Se ve que temen imaginarios peligros, que las estatuas mudas y heladas, con su blancura espectral, sus gestos solemnes, sus bocas inmóviles, los aterrorizan poco a poco; que esos párpados vacíos, opacos, en donde no luce ninguna claridad, los magnetizan y los doman, y que rozándolos sin tregua con su espina acariciadora, buscando el problema desconocido, contemplando con sus ojos dilatados esas máscaras indiferentes, se consumen de día en día como corazones enamorados de una imposible quimera, corazones que no han curado del sueño de amor, ni las pruebas crueles, ni los sufrimientos viejos, corazones que han chocado y se han herido en los labios fríos, en las miradas desdeñosas de un ídolo muy bello y que esperan, aun cuando, que esperarán siempre, en su locura, no saben qué.

Segunda estrofa.

Detrás de los vidrios velados por largas cortinas de encaje, se transparentan las ramas cubiertas de escarcha sobre las que graznan las cornejas, y se distingue el jardín cubierto como por un gran guardapolvo blanco con su fuente de rocalla y sus prados plantados á la vieja moda.

El final del día es tan tenue, tan lívido, que ha habido que encender las bujías de los candelabros y su dulce fulgor rubio corre, mariposea á través de los espejos, tiñe de colores la seda marchita de los viejos muebles, se mezcla á los rojos reflejos del fuego que chispea en la chimenea flordelisada. Flota una tibieza suave y penetrante que adormece.

Sentada en el fondo del salón—semejando con sus azules ojos nostálgicos, sus bandós lisos, su piel fina en donde serpentea la red azulada de las venas, alguna Santa Cecilia de un maestro muy antiguo y muy ingenuo—la dama de compañía vestida de negro, toca en el harpa aires envejecidos de minué, cuyo *ritornello* se prolonga como una reverencia. Las notas picadas, ligeras, discretas, vuelan, giran, se esparcen hacia lo alto, bordan un tema caprichoso sobre el acompañamiento en sordina que hacen los Adgoras devanando su rueda en la silla de manos en donde la señora duquesa de Villejésus, canonesa de la orden imperial de San Wilfrido, se reclina en una postura feliz, escucha la música que ama, con los ojos entrecerrados, sonriendo á un recuerdo que regresa. Los gatos se acurrucan, se estiran, erizan su toisón sedoso bajo los dedos temblorosos de la anciana que les cosquillean la nuca con una caricia maquinal; están rechonchos como abates de la Regencia.

Tienen el mismo olor sutil de Iris que los cabellos empolvados de su ama, que los cajones llenos de cartas de otros tiempos, que la falda de seda de Tours, cuyos pliegues rectos se aplastan contra las paredes de la silla capitonada de un viejo raso con florecillas rosadas. Se deleitan sensualmente, saborean su felicidad pacífica que nada turba, que

nada entristece. No se han tomado más trabajo que el de nacer; tienen una genealogía que no mancha ninguna mala alianza. La tumba de su abuela está al extremo del jardín: una placa de mármol con versos del señor de Parny.

Ignoran las excursiones libertinas por los tejados, cuando la luna brilla como un gran cirio en la cima de los techos, las carreras locas entre el bosque extraño de las chimeneas, los ayuntamientos en que las gatas se quejan como mujeres desesperadas, en que los huesos truenan hasta romperse.

Y esperan impacientemente el fin de esta música que los enerva, el momento en que el lacayo de medias de seda y guantes les traiga en una charola de laca la merienda acostumbrada, en que empaparán los bigotes en la crema de los platos de China, color de rosa y delicados, sobre los que un artista desconocido pintó fenicópteros y pétalos de amapola, deshojados por un fantástico soplo de abanico....

Tercera estrofa.

Sobre la gran piel de oso blanco que cubre toda la cámara—una cámara de amor en que el lecho bajo, perdido entre los cortinajes de terciopelo, parece un reposorio, en donde los pies se hunden en las alfombras, y se marchitan los ramos de violetas tantas veces acariciados por labios que se hastian de perfumes—la diminuta Liline Ablette se acurruca en una postura de quimera.

Ríe á carcajadas, y su camisa de batista que cabría en una bombonera ha resbalado hasta los talones, no esconde ya la curva adorable de la espalda, las caderas sembradas de hoyuelos, el seno que se redondea y se iergue y las sombras misteriosas de los muslos.

Enfrente de la actriz, del tamaño de una pelota de seda negra, el gatito traído hace días en una jaula, rueda, se levanta, se cuelga, con las uñas, del listón que ella agita; se escapa, vuelve, retoza con tan graciosos movimientos, que Liline se divierte como una loca.

El barón Silberstein pagaría caro seguramente, vaciaría toda su cartera repleta de billetes, por entreabrir en ese momento la puerta y asistir á ese espectáculo que vale más que todos los bailes del Edén.

Y repentinamente, asaltada por un deseo que la sacude de la cabeza á los pies, con los ojos perdidos en un sueño, la mujer se extiende, frota su piel febril contra ese espeso toisón de bestia, murmura palabras sin sentido, ciñe con sus brazos enervados al gatito que ronronea al principio, arquea la espalda y se deja mimar; luego, inquieto, abriendo sus pupilas redondas, aspira instintivamente el aroma exasperante que se evapora de ese cuerpo femenino como de un gran ramo de flores extrañas nacidas bajo la furiosa llamarada del sol tropical.

RENÉ MAIZEROY

Traducido para la «Revista Moderna.»

CANTO NUPCIAL.

A Ladislao Gómez Palacio y
Lupe Díaz Couder.



Un nuevo hogar es huerto florecido
de jazmines, y lirios, y azahares,
entre cuyas alburas estelares
se estremece el amor, como un latido.

Surge de cada flor, de cada nido,
un verso del Cantar de los Cantares
y pasan, del Hebrón por los pinares,
suspirando los vientos un gemido.

De Galaad por los collados bajan
triscando las ovejas. En las viñas
de Engaddi el zumo los racimos cuajan;

mientras la esposa ve, desde el umbroso
retiro, que atraviesa las campiñas
y se acerca á sus puertas el esposo.



¡Oh esposa, virgen y radiante, mira!
El amor en sus ojos centellea
y el coro de los sueños le rodea,
y á su oído solícito suspira.

A infundirte su alma sólo aspira.
Su cerebro, que es urna de la idea,
cual una forja ignífera chispea:
canta su corazón como una lira.

¡El coro de los sueños! . . . , los amigos
del esposo, que en júbilo inundados,
de su dicha inmortal serán testigos . . .

¡Los recuerdos del niño, los anhelos
viriles que le ascienden, ya encarnados,
en su viaje contigo hasta los cielos!



Y á tí, joven y fuerte, en los umbrales
del sagrado refugio, jubilosa
te espera amante la rendida esposa,
bajo los resplandores otoñales.

Tampoco sola está: las virginales
compañeras, de frente ruborosa,
tienden sobre ella su dosel de rosa,
al compás de los cánticos nupciales.

Son las ansias sin fin, las esperanzas,
las ilusiones del amor, venidas
de azules y profundas lontananzas . . .

¡Todas alzan un himno al varón fuerte
que ha de llevar dos almas y dos vidas,
á través de la vida y de la muerte!

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

Noviembre de 1899.

HEROISMO ANONIMO.

He aquí uno de los episodios más hermosos de nuestra segunda guerra de Independencia:

La compañía de «Ligeros de San Luis» se batió, ocupando la torre de la parroquia de San Antonio, y en el pueblecillo desolado y triste hubo un tiro espantoso todo aquel día.

Una sección francesa, bien montada y equipada, con dos cañoncitos de montaña y un pelotón de miserables traidores mandados por el bandido Guadalupe Gómez, atacaron ferozmente á los liberales.

El combate fué tremendo y largo. De lo alto del gris campanario de San Antonio, los sitiados arrojaban los cadáveres de sus hombres, para no infestarse con los cuerpos muertos.

Y aquellos rojos cadáveres volteaban en el aire lúgubrementemente para ir á aplastarse contra las aristas del empedrado atrio ó sobre los alegres cuadros de rosales y amapolas de la huerta del curato

* *

Pero fué preciso retirarse.

En la noche la compañía liberal rompió audazmente y por sorpresa el cerco enemigo.

La refriega nocturna fué breve, silenciosa y mortal; se libró un rápido combate á machete y bayoneta y después de cinco minutos los valientes republicanos ganaron el camino del Norte, para ir á ocupar Santa Isabel, atravesando milpas, nopaleras, ríos y encaramándose por cuevas empinadas y altos y enmarañados cerros. Las tropas francesas emprendieron la persecución al romper el alba.

* *

El cabo Mireles, *alias* «Cabezón», era un bravo juchiteco, chaparrito, imberbe, de calzón remangado y *huarache* doble, un hombrecillo lenguaraz, que cuando se batía sólo gritaba, haciendo un fuego certerísimo, esta frase apasionada y provinciana: «¡Viva Oaxaca!» «¡Viva Oaxaca!»

Era el tesoro de aquella compañía de *Ligeros* que se había rezagado en la parte Sur del Estado de San Luis Potosí, y al fin se había visto envuelta por las avanzadas francesas.

En el combate de la parroquia de San Antonio, el cabo Mireles había recibido un balazo en una rodilla, haciéndole pedazos los huesos.

El cabo rasgó la falda de su camisa y componiendo un emplasto de arena y aguardiente se vendó la pierna y arrastrándola penosamente, gritando «¡Viva Oaxaca!» blandió su arma y como todos sus compañeros rompió á andar, y con ánimo anduvo á través de los campos dorados por los primeros

albores de una aurora resplandeciente y sangrienta

* *

—¡Máteme; mande que me den un tiro, mi capitán, ya no puedo andar!

Y el cabo oaxaqueño al decir esto se arrojó á tierra cuan largo era, sin soltar el fusil.

Eran las tres de la tarde, se habían hecho ya doce leguas y aún faltaban cuatro para llegar á Santa Isabel; no habían probado alimento y ya se había agotado el agua. El desgraciado herido no podía más, y como comprendía que el enemigo venía detrás á sólo media jornada, pidió la muerte para no caer en su poder.

Y lo más grave era que precisamente en aquel punto empezaban los accidentes múltiples, abruptos, boscosos y variados del terreno.

Hacia el frente se levantaban cerros pequeños, pero enmarañados, espinosos, cubiertos de cactus; á la derecha inmensas nopaleras que descendían por rápidas vertientes hasta perderse en negras lejanías; y á la izquierda la margen sinuosa de un arroyuelo que más adelante se ensanchaba convirtiéndose en río.

Por ella debían seguir los liberales para desorientar al enemigo. El capitán se decidió á matar al cabo Mireles. Ah! los franceses podían obligarle á decir por dónde huían.

* *

Amartilló su pistola, y entonces el cabo gritó:

—¡Viva Oaxaca!

Aquello le desconcertó. Era un valiente aquel hombre; pero comprendiendo que sería imposible cargar con él, tan cansada como iba la tropa, y teniendo que trepar por agrias pendientes, correr y pasar el río á nado, lo abandonó bajo la sombra de un muro de *órganos* altos, verdes, apretados y rectos.

* *

Y allí, roncando dolorosamente, en un sueño pesado y angustioso, lo encontró la columna francesa.

Y esta vez fué el oficial extranjero el que amartilló su pistola, amenazándole con matarle si no le indicaba por dónde habían tomado los liberales.

El cabo señaló la derecha hacia las oscuras nopaleras de las vertientes

—¡Tú sabes el camino!—Llévanos por allí y si nos engañas te asamos vivo y si no Le señaló una onza de oro con el busto de Maximiliano.

El cabo aceptó; pidió un caballo, se lo dieron; montó quejándose lastimeramente, y al lado de un sargento de vanguardia que lo vigilaba, pistola en mano, rompieron la marcha, bajando é internándose por la espesura de la selva de cactus.

* * *

Y fué la noche, la noche negra y terrible en el fondo de quién sabe qué abismos en la nopalera espesísima y salvaje, acaso virgen.

Y al fin, el cabo gritó lanzando una carcajada, breve y ronca:

—¡Viva Oaxaca, viva México!

Entonces todos comprendieron que el cabo los había metido en aquel negro laberinto espinoso de nopales, para desviarlos y perderlos. . .

Septiembre de 1900.

—¡Ah, *Nom de Dieu!* . . . rugió el oficial.

A sablazos cortaron los soldados franceses maleza seca. . . y bajo los nopales, como en el fondo de una gruta, ardió una hoguera. . . Colgaron de los dedos de la mano al cabo Mireles, con las piernas desnudas sobre las altas y rojas llamaradas. . .

¡Y qué lúgubrememente se retorció el infeliz, oscilando, pataleando como un endemoniado, columpiándose ampliamente bajo los nopales iluminados con luz rojiza por la hoguera, que chamuscaba las piernas desnudas del cabo, cuya carne chirriaba, escurriendo grasa! . . . y qué heroicamente pudo gritar antes de morir:

—¡Viva Oaxaca! . . .

Y con este grito que concentraba todo su heroísmo viril, se extinguió en el fondo de la selva el valiente cabo, ¡símbolo vivo de la tenaz resistencia épica de su raza!

HERIBERTO FRÍAS.

HABLA SAFO DE SUS TRES AMORES.

I

¡Yo te adoro, sacra lira! De tus cuerdas
Vuela el pájaro gentil de la armonía:
Es el ave de la dulce nota eólica,
Que las almas soñadoras acaricia.
Todo dices ¡oh melómana! en tus músicas!
Cual los cánticos de una alma alabastrina
Alfombrando las baldosas de los templos
Con sus dulces y apacibles perlas rítmicas,
Tú seduces y enamoras. Con sus notas
Va arrullando tu canción sedeña y mística,
Cuando el eco de tu voz ruisseñorea
En tus plácidas plegarias matutinas;
O retumbas, como el trueno, y asemejas
De los cielos la tonante voz olímpica;
La tonante voz que suena, estremeciendo
De la tierra las entrañas encendidas,
Cuando en la hora tenebrosa del castigo
Baja el rayo de la cólera divina.
Tú remedas los susurros del sollozo,
El desgrane veranero de las risas,
El estrépito laurino del aplauso,
Y la frase nebulosa de la envidia.
Eres bélica: tú alientas al guerrero.
Tú sondeas el abismo, pitonisa:
El abismo de los tiempos ignorados
En que estragos hecatómbicos germinan.
Vibran besos en tus dulcidos bordones:
Ora besos maternales, de las niñas
En los labios inviolados, ora besos
De flotantes cabelleras purpurinas,
Que se extienden y calcinan y devoran
En famélicos incendios de lascivia.

Entro alegre en el combate. Llevo el triunfo
En las cuerdas vibradoras de mi lira!
Ya está Alceo, el aristócrata, esparciendo
La epopeya de sus voces en la liza.
Y la Fama, que sus cien trompetas suena,
Y en el suelo, las coronas esparcidas,
Y en la bella apoteosis del vidente
El fulgor de las antorchas encendidas! . . .
Pero llego. . . y enmudecen. . . y me aplauden,
Y enloquecen con mis gratas armonías. . .
Las triunfales marchas suenan, y se escucha
El reguero melodioso de mis rimas!
Y son mías las guirnaldas, y se posan,
So la luz de las antorchas encendidas,
Como verdes mariposas, los laureles,
En la curva de tus brazos, lira mía!

Ven, y entrégate, hechicera! Dame todos
Tus tesoros opulentos, sacra lira!
No me niegues, adorada, no me niegues,
En la gama de tus cántigas divinas,
Ni la nota de apagado terciopelo
Con que triste y melancólica suspiras.
Que yo muera de pasión entre tus brazos,
Con el fuego abrasador de tus caricias,
Con mis labios en tus labios melodiosos,
En los últimos espasmos de mi vida!

II

Oh vírgenes de Lesbos! . . . Adoradas
Y encantadoras vírgenes! Vosotras
Prendéis en el fanal de mi pupila
Esa vívida lumbre de las diosas!

Qué fulgentes los ortos de mi dicha
 Cuando os veo venir; cuando radiosas,
 El perfume esparcís de las praderas;
 Cuando, á su paso, vuestros pies enfloran;
 Cuando bajan en densos espirales,
 Del cabello, las víboras, que enroscan
 Sus anillos de seda en vuestro cuello:
 Esas ávidas víboras que flotan
 Como oscuros afluentes del Cocito,
 O cual rayos de una alba esplendorosa,
 Buscando sobre el seno palpitante
 La miel de Hymeto en la colmena roja.

Athis divina! Que se encienda mi alma
 En la risa de luz que hay en tu boca,
 Y que es rayo auroral que va jugando
 En los pétalos frescos de una rosa.
 Que me envuelva tu pelo rubio, como
 Un áureo manto real! Y que á la sombra
 De tu pestaña crespá, Amor encienda
 En tus célicos ojos sus auroras;
 En tus ojos azules como el Actium,
 Y como el Etna, ardientes!....

Tú, Anactoria,
 Que enloqueces mi mente! Tú, el ensueño
 Del alma ambicionado.... De tu boca,
 Riega sobre la mía la cascada
 De tus ignicos besos!

Venid todas,
 Bellas hijas de Pira!.... Ven Gyryna,
 La del mohín lascivo.... Ven, Andrómeda!
 Timas, Naís.... volad! Volad! Que escancie
 La madre del Amor en nuestras copas
 Sus embriagantes vinos!.... Que se tiñan
 Los auríferos bordes y las rosas
 De vuestros grasos labios encendidos,
 Ensangrienten la tez de sus corolas!
 Matadme, delirantes!....

Ven, Corina,
 Hazme que pruebe de tu miel sabrosa!
 Ponme borracho de deleite.... Déjame
 Con mis sedientos labios en la copa!

Y tú, mi Cydno, ¡mi adorada Cydno!
 Blanca, como el plumón de la garzota,
 Como la espuma que envolvió á Citeres
 En pañales de tull.... Ya la zozobra
 De nuestras gratas expansiones íntimas
 Me agita el corazón, é hirviendo, azota
 Mi sangre las arterias. Haz que sea,
 Por el amor, mi sangre abrasadora,
 Mar de olaje bravío, mar de lava,
 Que se estrella en sus cárceles de roca,
 Y levanta vorágines y escupe
 A los cielos la espuma de su cólera!

Llegad presto, queridas! El deseo
 Con sus puntas eléctricas me toca.
 Me parece que os tengo entre mis brazos,
 Que vuestras carnes con mis carnes rozan,
 Que un aliento caldeado me enloquece,
 En un pujante resollar de forja,

Y que son vuestros senos, pebeteros
 Do eróticos perfumes se evaporan!
 Volad, hijas de Zeus!.... que ya siento
 Calcinarse las frases en mi boca;
 Mi lengua se entumece, y es mi labio
 Un páramo. La Angustia, sudorosa,
 Me aprieta el corazón, tiembla en mis carnes,
 Me estruja la garganta y se sofoca!....
 Venid á refrescar este desierto
 De mis áridos labios con las pomas
 Humedosas de miel de vuestros pechos!
 Que vuestras carnes, en sus tibias combas,
 Cual los poros sutiles de los pétalos,
 Dan al insecto su embriaguez de aromas,
 Me den á mí su seductor perfume....
 ¡Toda la esencia de sus flores todas!
 ¡Todo el dulce rocío de sus cálices!
 ¡Todo el grato licor de sus corolas!
 Y dormirme, ebria ya!.... siempre soñando
 Con otro goce más!.... Que me aprisionan
 Otros brazos mejores, y otros ojos
 Más fúlgidos me queman.... Y en las ondas
 Del piélago supremo, en los arrullos
 Del abrasante amor, sentir ansiosa
 La divina epilepsia del deleite,
 Con avidez frenética de loca!....

Venid! Que ya mi ceñidor descienda!
 Mi túnica está suelta; ya pregona
 La pasión delirante!.... Me parece
 El mareo sentir de vuestras rondas,
 ¡Oh lúbricas hetairas!.... Vuestro pelo,
 En viperina contorsión, retoza
 En los rápidos giros de la danza....
 Y las sedeñas vestes en la alfombra....
 Y la gloriosa seducción sin velos
 Que vuestros regios cuerpos aureola....
 Y los senos recónditos que emanan
 Arábigas esencias voluptuosas....
 Y los besos que sangran.... y las sangres,
 Embriagantes y dulces, más que rojas!....
 Y la estrechez gratisima.... y el lánguido
 Desmayo de la dicha enervadora....
 Y el hondo frenesí que al reino vuela
 Donde tiene el Delirio su corona!....

III

No me huyas, Faón, no me huyas!
 Me devoran las llamas del pecho,
 Y consúmense allí mis entrañas
 En el fuego voraz del incendio.
 No le prestes oído á la Envidia;
 Dí, si te habla de mí: no lo creol
 Aún pudiera llevarte, amor mío,
 Al divino país del Ensueño
 En el lindo bajel de mi arrullo
 O en el ala fugaz de mis besos.
 La calumnia me clava sus dardos;
 No le creas, Faón. Ven, mi dueño.
 Y no temas que hiele tus labios
 Con la baba glacial del decrepito.
 Aún está mi cabeza enhestada;
 Para mí, no ha llegado el Invierno;
 Todavía en mi alma serena

No han caído los copos de hielo.
Ni me ha puesto su gorro la escarcha,
Y es un sándalo negro el cabello;
Y en mi fresca mejilla, esparcidas,
Redes fingen las hebras del ébano.

¡Oh Faón! No me huyas! Tú sólo
De mi amor y mi vida eres dueño.
En el suelo, dormida está el arpa;
Nada sabe la pobre del plectro;
Y en obscuro rincón ella tiene
La postura yacente de un muerto.
Es que Amor me aniquila y me abrasa;
Y en sus vívidas crenchas de fuego,
—Mariposas de armónicos giros—
Han quemado sus alas mis versos.
Y las pobres hetairas desnudas! . . .
Mis bacantes de ayer! . . . las detesto!
Aunque vengan á mí desceñidos
Sus flotantes cendales abiertos,
Por do vense pasar calofríos
En la cálida piel de los miembros;
Aunque esté para mí la Lujuria
Con sus manos quemando el incienso;
Aunque rieguen su sangre las viñas
Y haya ardores de bestia en los cielos . . .
No reviven los goces en mi alma,
Y en el tórrido altar de mi seno
Ya el Deleite no prende sus cirios,
Ni se manchan las losas del templo.
Ya me espanta la orgía! Sus ósculos
Ya no son para mí: no los quiero.
Esa roja pupila está en ¡llamas,
Y es el rojo mirar del averno! . . .
¡El olvido quisiera! . . . ¡el olvido!
Humedece mis labios, Leteo!
¡Oh Latófagos! Dame ese fruto!
El que dicen que es grato beleño!
¡Que no vea hacia atrás mi pupila!
¡Que se borren las sombras de Lesbos!
¡Que no venga á alumbrar panteones
Esa pálida luz del recuerdo!

Ya se va! Ya se va! . . . La barquilla
Con sus velas tendidas al viento,
Resbalando en las ondas, se mira
Como un pájaro blanco á lo lejos . . .
Austro fiero, tronchad esos mástiles!
Poseidón, atajad el velero!
El velero que va, fugitivo,
Estelando los mares inmensos!
Tú, Afrodita, ¡mi madre! no dejes
Que se burle de mí! . . . tengo miedo
De ese buitre feroz que implacable,
Va clavando su garra en mi pecho.
Me dijiste: verás, y no he visto!
Ofreciste á mis manos el cetro,
Y soy sierva infeliz, y me mata
Con su torva mirada el Desprecio.
Nadie sufre cual yo! Ni en su roca
Pudo tanto sufrir Prometeo;
Ni en sus áridas peñas Andrómeda,
Ni las lívidas furias de Preto,
Ni el Titán angustiado, ni Marsias
De dolores y envidias muriendo!
Dame una égida, madre, y ampárame!
Que no abrasen las llamas mi seno!
En tu carro de blancas palomas,
Tú me puedes llevar á mi cielo.
Que yo tengo mi Olimpo en sus brazos;
Y es Olimpo de luz, como el vuestro.
¡Que allí beba mi néctar de diosa
En el rico festín de sus besos! . . .

Pero nada! . . . Te vas, esperanza!
Ya no veo las luces del puerto,
Ni la barca que va fugitiva
Estelando los mares inmensos . . .
Con la espuma se borda el escollo,
Son pesadas las alas del viento,
Pasa el filo del rayo en la nube,
Y rodando en los aires va el trueno . . .
Ya me espera mi negra barquilla,
La barquilla de viajes eternos . . .
Ya en los fieros abismos sombríos
Me preparan el último lecho . . .

SANTIAGO ARGÜELLO

.....

Dame ¡Señor! la lívida sonrisa
que quiso dibujarse en tu semblante
cuando la plebe á Barrabás triunfante
levantó sobre Tí. Dame una risa

amarga y sin rumor con que la brisa
no se agite en un átomo, delante
de la víctima herida y palpitante
que al sacrificio préstase sumisa.

Sé llorar, no reír. Tú sabes cuánto
desengaño en mi espíritu se encierra!
Invocó tu poder, tu nombre santo.

El dolor me quebranta, no me aterra;
y ¡oh Señor! en mis ojos cabe el llanto,
como en el mar las aguas de la tierra.

JESÚS E. VALENZUELA.

RICARDO WAGNER.

No conocemos en París de Reissiger más que el dulce y melancólico wals publicado con el título de *Último pensamiento de Weber*. En cuanto al joven maestro de capilla, Ricardo Wagner, que ha residido en París durante largo tiempo, sin haber logrado darse á conocer por otro modo que por algunos artículos publicados en la *Gaceta Musical*, tuvo que ejercer por vez primera su autoridad, asistiendo á mis ensayos, lo que hizo con dedicación y de buena voluntad. La ceremonia de su presentación á la capilla y juramento, se habían efectuado el día siguiente de mi llegada á Dresde, y lo encontré en el colmo de una alegría muy natural.

Después de haber sufrido en Francia mil privaciones y todos los dolores inherentes á la obscuridad, Ricardo Wagner, de regreso á su patria, Sajonia, tuvo la audacia de comenzar y la dicha de dar fin á la composición del libreto y la música de

una ópera en cinco actos (*Rienzi*). Esta obra tuvo en Dresde un gran éxito. Muy pronto la siguió el *Barco holandés (Buque fantasma)*, ópera en tres actos, cuya música y libro compuso asimismo él.

Cualquiera que sea la opinión que se tenga del mérito de esta obra, es preciso convenir en que los hombres capaces de realizar dos veces con buen éxito este doble trabajo literario y musical, no son comunes, y que Wagner ha dado una prueba de su capacidad más que suficiente para atraer hacia él la atención y el interés.

Esto es lo que comprendió perfectamente el Rey de Sajonia, y el día en que ha elevado á Ricardo Wagner al puesto de maestro de capilla, y ha asegurado la existencia de éste, los amigos del arte han podido decir á su majestad lo que Juan Bart respondió á Luis XIV, cuando el soberano anunció al intrépido lobo de mar que lo había nombrado jefe de su escuadra: Señor, habeis hecho bien!

BERLIOZ.

NESTINA.

La vieja vendedora dormita en su casuca de la avenida de los Campos Eliseos. Ante ella corren por el suelo las migajas de su almuerzo frugal, la caja de lata que lo contenía y la media taza del café.... En su cara de casca-nueces, amarilla, seca y arrugada como una manzanita vieja, sus ojos poseen dos manchas oscuras semejantes á las que se ven sobre estos frutos pasados, caídos del árbol y de los cuales dicen las buenas mujeres: *¡que han recibido un golpe!* Y con su cuerpo achaparrado, su delgada boca, siempre cerrada, sus piernas y sus brazos demasiado exiguos, parece un muñeco, escogido entre los mayores y entregado á la vigilancia de los que se balancean á la sombra del muestrario cuyas tablas están alzadas....

La vieja vendedora dormita en su casuca.

Alrededor de ella penden carricoches de niños, cubos de zinc, palas, rastrillos, el eterno ómnibus, siempre completo, con sus cabezas pintadas sobre los vidrios; los aros, las raquetas, los globos... En primer término, sobre un mantel muy blanco, sin pliegues, están alineados los almendrados, las *monjitas*, el azúcar candi en sus pomos, los caramelos, los bombones bajo vidrio, las pastillas y los pastillos inofensivos. Por encima se elevan las barricadas de los alajues, en los cuales, como piedrecillas, blanquean las almendras; y por aberturas hábilmente preparadas, los palitos de orozuz semejantes á haces de raquetas.

Aquí y allí, ante la barricada que repara sus brechas, galletas, pasteles tiernísimos, estrellados de anís y de *angélica* se extienden y se alzan, como espesos colchones, en los cuales, como moñitos de lana, hierven nubecillas de harina.

En tercer término, en fin, los cuellos de los litros de sirope surgen, pegajosos, entre los garrafones de limonada.... En el fondo, á la izquierda, ante la puertecita de salida, estrecha y baja, entreabierta, vasos sin pie, bocabajo, guarnecen una mesita bajo la cual, en un cubo lleno de agua, se bañan garrafas enormes de *coco*.

La vieja vendedora dormita!....

De pronto, alza la cabeza. Una joven alta, morena, curtida por una *juerga* diaria, con aspecto de ramera, ha empujado la puertecita y dice, sin entrar: «Te ha quedado un poquito de café, mamá?» Es Nestina. El padre ha muerto y ella se ha entregado á la mala vida. Una vergüenza!.... Un hombre casado, su vecino, la raptó una mañana. Durante seis meses, los dos amantes no han dado señales de vida. Desesperada, sola, pobre y ya algo madura (tanto para aumentar una corta renta que le señalaron los antiguos amos de su marido, cuanto por temor á la ociosidad en una viudez más pesada y más triste desde la fuga de su hija) la tía Petra ha sucedido á una buena mujer muerta de vejez en su casuca de los Campos Eliseos....

LUCIEN DESCAGES.

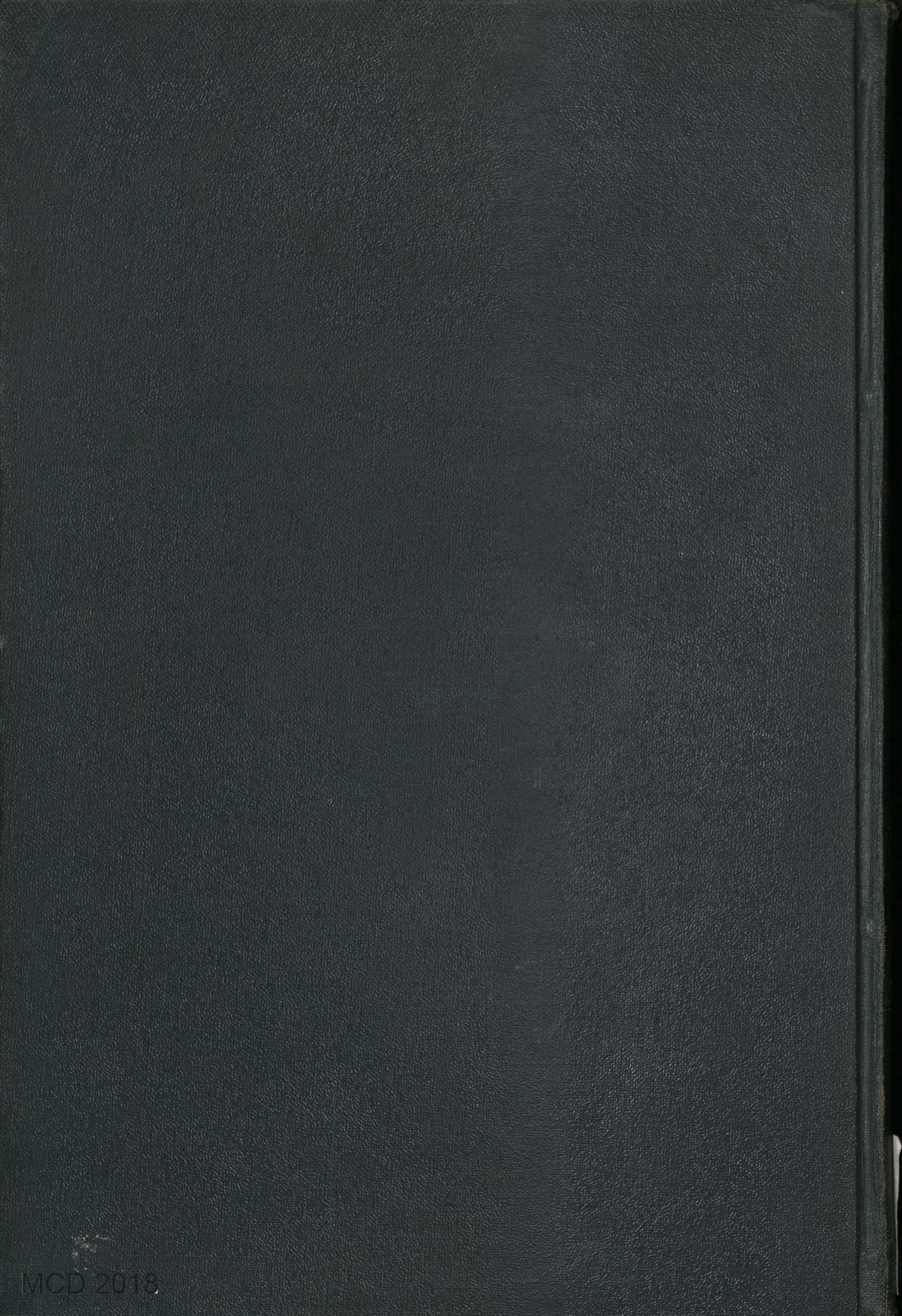
REVISTA MODERNA.

INDICE DEL AÑO III.

	Págs.		Págs.
ARGÜELLO H. SANTIAGO.		CHOCANO José S.	
La musa rural.....	360	El diálogo de las tumbas.....	58
Habla Saffo de sus tres amores.....	381	La vejez anacreóntica.....	320
BANVILLE TEODORO DE.		DARÍO RUBÉN.	
Baudelaire.....	32	Canción de Carnaval.....	63
BARANDA MCGREGOR JOAQUÍN.		A Salvador Díaz Mirón.....	113
Tus ojos.....	218	DÁVALOS BALBINO.	
BOISSIÉ ALFRED.		Cristal marino.....	16
Villebois Mareuil.....	109	Los gatos viejos (trad.).....	81
Donec eris felix.....	120	Poesía.....	121
Tristitiaie.....	172	Lentas horas.....	262
Les ruines de Mitla.....	187	Nomos aulédicos.....	281
Sur l'album de Camille.....	237	Amor reclina (trad.).....	287
A Théa.....	270	Odas nuevas.....	293
Fatherless.....	317	DELGADO RAFAEL.	
BUSTILLOS José M.		Shakespeare.....	50
A Manuel Gutiérrez Nájera.....	40	Don Juan Ruiz de Alarcón.....	66
BERLIOZ.		¿.....?.....	147
Ricardo Wagner.....	384	Ocaso.....	288
CAMPOS RUBÉN M.		DIAZ MIRON SALVADOR.	
A Rafael López.....	28	El arroyo.....	135
A María Guerrero.....	79	DESCAVES LUCIEN.	
Ninfas y Centauros.....	205	Nestina.....	384
El Rey de copas.....	226	ERMITAGE (L').	
El Supremo dón.....	306	L'Aiglon.....	178
Canciones de amor.....	376	FERNÁNDEZ GRANADOS E.	
CASASÚS JOAQUÍN.		A María Guerrero.....	79
La abeja (Leconte de Lisle).....	106	FERNANGRANA.	
CEBALLOS CIRO B.		Dórica.....	172
La de San Quintín.....	71	FOGAZZARO ANTONIO.	
COUTÓ CASTILLO B.		El gran poeta del porvenir.....	255
Un recuerdo.....	38	El gran poeta del porvenir.....	262
El Poseído.....	57	FRANCE ANATOLE.	
A unos ojos.....	146	Amycus y Celestino.....	15
La primera lágrima.....	246		
Caprichos de Pierrot.....	299		

	Págs.		Págs.
FRÍAS HERIBERTO.		MAIZEROY R.	
Los perros de Tomochic.....	10	La canción de los gatos.....	376
El almuerzo.....	98	MAURY L.	
Mazzepa.....	127	La muerte del duque de Reichstadt.....	284
Heroísmo anónimo.....	380	MIRBEAU OCTAVE.	
GAUSSERON B. H.		Esperanzas negras.....	271
Los prosistas ingleses.....	211	MOREAU LUCIEN.	
GIDE ANDRÉ.		De Kant á Nietzsche.....	237
De la influencia en literatura.....	219	De Kant á Nietzsche.....	249
De la influencia en literatura.....	230	MORICE CHARLES.	
GONCOURT EDMUNDO DE.		Rodin.....	304
Cómo pinta un japonés.....	48	NERVO AMADO.	
GONCOURT EDMUNDO Y JULIO DE.		El prisma roto.....	84
El ornemanista P.....	105	Funambulesca.....	112
GÓNGORA VICTORIANO E.		Trilogía.....	181
A María.....	23	Rubén Darío.....	204
GONZÁLEZ CARRASCO A.		Sonetino.....	211
Sinfonía.....	51	Versos y estrellas.....	217
Amor.....	203	NIETZSCHE FEDERICO.	
No te vayas, alma en flor.....	231	Humano, demasiado humano.....	21
GOURMONT REMY DE.		NOVELO JOSÉ Y.	
Corina.....	142	Los vencidos.....	310
GRIVOT DE FRANCOURT.		Venus maya.....	374
Historia de niño.....	30	OLAGUIBEL FRANCISCO M. DE.	
GUERRERO RAMÓN.		Profanación.....	18
De Plains tales from the hills, de Kipling..	309	14 de Julio.....	210
De Plains tales from the hills, de Kipling..	322	Quince años.....	235
De Plains tales from the hills, de Kipling..	345	La música.....	267
ITUARTE ALBERTO.		Versos.....	283
La Cantorcilla.....	42	El pacto del amante, de Jean Lorrain....	344
LASERRE PIERRE.		El poema de la mujer.....	355
Nietzsche y la literatura francesa.....	131	OROZCO Y BERRA MANUEL.	
LEDUC ALBERTO.		Entrada de Cortés á México.....	278
Fragatita.....	159	OTHÓN MANUEL JOSÉ.	
Fragatita.....	176	Noche rústica de Walpurgis.....	2
Un cerebral.....	232	Fronδας y Glebas.....	107
Hoja de diario.....	288	¡Oh Soll.....	153
LE SOFFIÉ CHARLES.		Poema de vida.....	164
La inauguración del monumento de Guy		Canto nupcial.....	378
de Maupassant.....	318	PARRA PORFIRIO.	
LICHTEMBERGER ENRIQUE.		La crónica de Sulpicio Severo.....	34
La literatura de Nietzsche.....	116	Discurso.....	137
LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS JOSÉ.		PELLISSIER GEORGES.	
La voz de María Guerrero.....	156	Resurrección, por L Tolstoi.....	188
LLONA POMPILIO NUMA.		PEZA JUAN DE DIOS.	
En el centenario de D. Pedro Calderón de		A María Guerrero.....	75
la Barca.....	173	PUGA Y ACAL MANUEL.	
MARISCAL IGNACIO.		María Guerrero en Jalisco.....	154
El cuervo (de Edgard Poe).....	241	Resumen de la temporada teatral.....	162
MARTÍ JOSÉ.		Demasiado tarde.....	347
Para Cecilia Gutiérrez Nájera.....	41	PUJO MAURICE.	
		Stephane Mallarmé.....	148
		El renacimiento del espíritu moderno.....	166
		Bosquejo de idealismo integral.....	325

	Págs.		Págs.
REBOLLEDO EFRÉN.		TABLADA JOSÉ JUAN.	
El joyero.....	199	En el país del Sol.....	370
El soneto.....	225	Cantos de amor y de otoño.....	373
La cabellera.....	251	UGARTE MANUEL.	
Hacia el ideal.....	315	Notas de México.....	183
Joris Karl Huysmans.....	341	Sol de sangre.....	248
Belkiss.....	368	URUETA JESÚS.	
RICHEPIN JEAN.		La casa del pueblo.....	274
¡Pft! ¡Pft!.....	362	Tarcisius.....	294
ROSNY J. H.		Wanda de Boncza.....	294
Episodios prehistóricos.....	110	La danza del vientre.....	295
RUEDA SALVADOR.		Caín.....	296
A J. C.....	126	Mi sátiro.....	297
SIERRA JUSTO.		Una escena del Evangelio.....	297
Fragmento de un discurso.....	77	Almas paroxísticas.....	338
SILVA JOSÉ ASUNCIÓN.		Fresca.....	354
Nocturno.....	111	Nupcias místicas.....	375
SOSA FRANCISCO.		VALENCIA GUILLERMO.	
D. Esteban Coronado.....	253	Mujer y gata (de Verlaine).....	32
STUART MERRILL.		Aparición (de Verlaine).....	47
La filosofía de Rodin.....	316	VALENZUELA JESÚS E.	
SYMONDS GUILLERMO EDUARDO.		Balada de las manos.....	12
Rondeau d'amour.....	347	A Manuel Gutiérrez Nájera.....	36
TABLADA JOSÉ JUAN.		En la flauta de pan.....	44
Sonetos de la hiedra.....	19	Las lágrimas del bronce.....	55
Sonetos de la hiedra.....	33	A una artista.....	80
Agua fuerte.....	45	A la Memoria de D. Gabino Barreda.....	102
Libros y revistas.....	46	Poesía.....	123
Sir John Ruskin.....	53	A la Verdad.....	142
Sonetos de la hiedra.....	54	A ***.....	158
A María Guerrero.....	69	A ***.....	192
Divagaciones.....	82	Salambó.....	193
Libros y revistas.....	108	A D. Victoriano Salado Alvarez.....	207
Album del Extremo Oriente.....	114	A la memoria del Dr. D. Rafael Lavista ..	216
Variaciones sobre un tema.....	115	A solas.....	228
Libros y revistas.....	125	Fidelidad.....	236
En un álbum.....	130	Fragmentos.....	272
Album del Extremo Oriente.....	139	Revelación.....	303
En Otoño.....	185	¡.....!	383
Hacia el país del Sol.....	200	VÁZQUEZ ESTHER LUCILA.	
En el país del Sol.....	257	Vespertino.....	178
Musa japónica.....	276	VERNOLS L.	
Cuadros del Extremo Oriente.....	282	La literatura croatense.....	186
En el país del Sol.....	290	VILLIERS DE L'ISLE ADAM.	
Utas japonesas.....	298	Miss Alicia.....	20
El último icono.....	308	SIN FIRMA.	
En el país del Sol.....	312	Federico Nietzsche.....	18
Nox.....	325	El triunfo del campanero.....	43
En el país del Sol.....	333	La «Revista Moderna» en el Japón.....	154
En el país del Sol.....	342	L'Aiglon.....	195
El Poema del Alma.....	349	The English Dance of Death.....	219
En el país del Sol.....	357	«México Militar».....	227
Del libro «Obsidianas».....	365	Fest der Moderne Zeitschrift.....	269
Comedietta.....	366	A nuestros subscriptores.....	368
		«El Enemigo».....	368



MCD 2013